

LADISLAO GRYCH

EL AMADO DESDE SIEMPRE ⁽⁴²⁾

Es que he sido amado por el Señor.
He visto su gran Gracia.

Lo que más importa, es volver a los principios del Amor, a la gracia que nos sostiene como el ancla en plena mar.

¿Cómo buscarla en medio de una realidad tan plena de inquietudes y de ansiedades que nos llevan a cualquier lado y aún, no por el camino que deseamos en lo profundo del corazón?; porque la Obra de Jesús es encontrar esa clave, esa fuerza, tan necesarias para el crecimiento.

PREFACIO

He sido amado de siempre.
El Señor me lo decía de mil maneras.
Lo viví de un modo intenso; otras veces, sólo lo escuchaba, y
Él estaba en el camino a mi corazón.

A esos tiempos de sentirme amado, les solían preceder los de
mi debilidad, de mis confusiones, del dolor.
Me encerraba en mí, como preparándome para vivir la gracia
de ser hijo predilecto de mi Padre.

Siempre he sido predilecto; por eso hallaba el rumbo, a pesar
de caminar frente a los abismos.
Así, podía cumplir con lo que mi Padre esperaba de mí, por
lo que he luchado en toda mi vida.

Hoy, me detengo frente a mí, para verme de lejos y aún tan
de cerca, en medio de tanta realidad.
Aún me quedo con ésta, de ser amado del Señor.
Vivo feliz, contemplando mi vida que parece realizada.
Me lo dice mi corazón; ¿y quién se lo diría a él?

La Paloma, 1995

A. 1. ME LLAMASTE

a. EL PROFETA ESTÁ ESPERANDO

¿Hay alguien más, que se acordaría de mí?
¿O sólo tú, Señor?
Pues si lo haces, ¿qué más necesito?
Si tú estás, con eso me alcanza, aún abundas con tu gracia.

Estuve lejos de la casa del padre, y de mis hermanos.
En medio de los prados y montes, cuidaba las ovejas.
Allí llegaste, Señor, buscándome.
¿Por qué me buscaste en aquella hora?
Yo ni siquiera te esperaba.

¿Por qué me elegiste desde el rebaño y los valles?
Soy un pequeño pastor.
¿Qué quieres de mí, Señor?

Me hiciste soñar; y me preguntaba qué eran mis sueños.
¿Mi capricho o tu gracia que anticipabas en mí?
Tus sueños me hacían esperar.
¿Qué es lo que seguías proyectando, Señor?

Caminaba tras el rebaño, cuidándolo.
Aún soñaba en un gran Pueblo.
¿Quién me despertó para pensar en el Pueblo?
¿Y por qué me hiciste soñar?

Se acercaban las fieras, siempre ocultas, tramposas y crueles.
Yo soñaba en las guerras.
Luego venían las guerras.
Y yo defendía el rebaño con mis manos y mi vida.

Y las noches sin dormir, atento por los ruidos de los pájaros

que despiertan, y de las ovejas que se asustan.
Yo atento, soñando; ¿en qué soñaba?
Pues, ¿adónde alcanzaba mi corazón despierto?

La soledad, el fuego y la noche son buenos compañeros.
Y yo, sueño más que antes, al vivir de los sueños.
Son grandes, heroicos, me llevan lejos.
Vuelan mi alma y mi corazón; vuelo yo.

Vinieron a decirme que el profeta estaba esperando.
¿Quién es el profeta?; ¿a qué viene?
Dejo mi rebaño; voy caminando a la casa de mi padre.
Está el profeta que me espera.

Mientras voy, recorro en mi mente y no sé qué pensar.
Es porque sueño en tantas cosas.
¿Qué quiere el profeta, que me espera?
¿Por qué viene?

b. UN PASTOR DEL SEÑOR

El profeta derrama aceite sobre mi cabeza.
Me habla del Señor, me unge con su gracia.
Tan sólo pertenezco a Él.
Me ha elegido; mi vida está en sus manos.

¿Por dónde el Señor me lleva hasta que cumpla con lo que Él
espera de mí?; pues mi vida está ungida.
Aún sigo cuidando el rebaño.
Es que Él sabrá abrir los caminos.

El Profeta me dice que el Señor me ha ungido, para que sea
el rey del Pueblo; y apenas sé cuidar el rebaño de mi padre.
¿Cómo llevarás mi vida, Señor?
¿Por dónde me harás caminar?

Si tú sabes todo, voy aprendiendo en tu tiempo.

¿Quizás, deseas que sea tu pastor?

Como cuido el rebaño, que cuide tu Pueblo.

El Rebaño tuyo; entonces, que te obedezcan, Señor.

Tan sólo sé que me llamas desde el rebaño de mi padre, para
que sea pastor de tu Pueblo.

2. CRECÍ ENTRE LAS GUERRAS DEL REINO Y TU GRACIA.

a. EL REY QUERÍA VERME

Es muy grande, lo que llevo en mi corazón; es lo que medito
día y noche; y yo, cuidando el rebaño de mi padre.
¿Qué camino me espera, el que viene del Señor?

Vuelvo a cuidar el rebaño contra las fieras que amenazan;
están atentas, parece que no descansan.
Sueño más aún; si sigo soñando, el Señor me prepara en el
camino; mi corazón lo presiente.

Me llamaron del reinado; me dijeron que el rey quería verme.
¿Por qué a mí, pues podría ser otro?
Pero el Señor no se olvida de mi nombre; y Él inspira para
que me llamen; aún me prepara en el camino al Reinado en
medio del Pueblo.

Se acordaron de la cítara para el rey.
Sabían que yo había aprendido a tocarla, en los campos, aún
con los vientos que lloran, y el arroyo que se desliza.
A veces, los vientos son fuertes, hasta me asustan.

Voy a tocar ante el rey que está mal.
¿Qué encuentro me espera?
¿Sabría él lo que el Señor ha dejado en mi corazón?
Aún, debo guardar silencio.

Qué triste es la vida del rey, cuando el Señor no lo consuela.
Aún, hay que buscar a quien toque la cítara para calmarlo, en
la hora del abandono y del olvido.
El Señor se ha olvidado de su rey; y fue su elegido; qué triste
es su vida.

Si guardo el secreto de mi corazón, aún debo tocar la cítara ante un rey enfermo, abandonado por el Señor.

Qué triste es el Pueblo, cuando su rey está mal.
Aún, debo tocar la cítara frente al rey; y Él es como la parte más triste del Pueblo.
El Señor lo dice, aún veo lo que pasa con su Reino.
¿Por qué me lo hace ver?

b. CONTRA EL GUERRERO

Y vuelvo al rebaño de mi padre; es mi lugar; aquí, aún, hay tiempo para tocar la cítara; pero mi padre quiere que vaya a ver a mis hermanos; y que les lleve pan y trigo; aún quiere saber las noticias; ojalá, sean buenas.

Me voy del rebaño, una vez más; es que mi vida se une con el rebaño y me separo de él, pues todo tiene un sentido, me lo dice mi corazón; y es lo que dice mi Señor.
Y ahora, voy a ver a mis hermanos, en la guerra.

Veo a los filisteos que insultan.
Hay un hombre, el que insulta más aún.
¿Quién se atrevería a luchar contra ellos?
El Señor me dice que podría vencer a ese hombre.
Entonces, digo a mis hermanos que voy a enfrentarlo.
¿Y mis hermanos, que dicen?
Si para ellos, soy el pequeño del rebaño de mi padre.

Sin embargo, la voz llega al rey.
Le dicen que sé enfrentar a los leones y osos que acechan al rebaño, y que les quito las ovejas, en las batallas en medio de los prados.

Me creen y aceptan la lucha contra el hombre, muy grande

por la estatura; pues, el Señor está en mi corazón y en mis ojos; aún en la piedra que lanzan mis manos.
La piedra lo golpea en la frente, se cae el guerrero, y yo con su cabeza, me presento ante el rey.
Todos están bien, y termina la guerra.

Quiero volver al rebaño de mi padre; es el lugar donde estoy bien; de aquí, el Señor me llama cuando llega la hora; me prepara para el día esperado.
Más aún, desde el día del profeta en la casa de mi padre.

c. EL SEÑOR ME CUIDA

Así me quedo cada vez menos, como pastor del rebaño, para estar cerca del rey; y él, si es que reconoce mi lugar, aún se preocupa de cómo terminar con mi vida; pero el Señor me indica cómo salvarme; de este modo, me prepara para la hora del nuevo Reinado.

Es lo que asumo hasta el día de la muerte del rey; mientras que él vive como rechazado por el Señor, el mismo Señor me prepara para el nuevo Reinado; ¿cómo poder comprenderlo, y cómo aceptarlo?

El Pueblo reconoce mis virtudes en las guerras, y desprecia al rey Saúl; como el Señor lo abandona desde hace tiempo, el Pueblo empieza a despreciarlo; mis méritos son para ellos, más importantes que los del rey; y eso, el rey no lo acepta.

Busca como terminar con mi vida; pero el Señor me salva, y no pone venganza en mi corazón, al contrario, el perdón y la paz; así ocurre muchas veces, y no sé cuántas veces el Señor me salva de los peligros del rey que insiste en matarme; si bien, el rey se arrepiente luego de cada intento fracasado, su corazón vuelve a planear nuevos intentos, aún más buscados

y más preparados.

El Señor siempre me previene; y luego abandono el lugar del rey, pues me persigue con su ejército, con sus engaños; me busca y cae en sus trampas, como alguien enceguecido que se golpea; se arrepiente, pero tan sólo por instantes, pues su corazón está enfermo, ya no sabe responder de otro modo; al sentirse rechazado, ya no sabe ver otra cosa que estar contra aquel, a quien el Pueblo mira con aprecio, y espera a que le llegue la hora de su Reinado.

Tuve la oportunidad de encontrarme con él, cara a cara; pero mi corazón no pudo hacer otra cosa; y le corté un pedazo del manto, llevándolo de testimonio.

El rey se arrepiente y busca la reconciliación; pero la realidad vuelve igual y aún peor; así hasta el final.

Algunos me ayudan, me acompañan, aún me previenen. Recuerdo mi amistad con Jonatán, hijo del rey, gran amigo; muere como tantos, en la batalla del rey contra los filisteos. Aún, logro formar un ejército que me abre los espacios, y me defiende; en fin, va renaciendo un nuevo Reino en medio del reino, con un rey que sigue decayéndose, mientras que el otro viene en el camino del Señor.

Abigail es una mujer sabia, y evita las venganzas.

Sale al encuentro para pedir comprensión, cuando su esposo no quiere ayudar a mi ejército; ella, por esas cosas del Señor, se queda a mi lado, cuando muere su esposo.

No soy yo quien busca esa muerte; su muerte viene cuando debe llegar, sin que alguien le desee; viene sola, del Señor. Él quiere que yo llegue al Reino aún en medio de las luchas; y desea proyectar un nuevo Reino ya no construido sobre la injusticia ni el orgullo de los hombres.

Los filisteos se ponen a mi lado; aún tienen sus motivos para hacerlo, pero son honestos conmigo; aún, ellos me protegen, cuando no tengo más remedio que huir de la tierra de mis perseguidores; y me dan Siquelag.

Es la hora de las guerras con los guesuritas, los guergueseos y los amalecitas; luego los filisteos enfrentan la guerra contra el rey Saúl; contra los de mi Pueblo y de mi rey; aquí, culmina la desgracia, pues se quiebra el ejército del rey y de mi Pueblo.

Al rey le parece que no le queda otra salida que aceptar su muerte; la busca él mismo; nadie le quita la vida al ungido por el Señor; y mueren también sus hijos; así termina esa historia triste, entre tantas guerras.

El Señor prepara un nuevo tiempo; Él me hace comprobar que está conmigo, aún protege mi vida y mi camino.

Ahora, que bendiga cada paso de un nuevo Reino; y que el rey sea del Señor.

3. ME DISTE TU GRAN REINO.

Vino un hombre para decirme que había visto al rey, antes de su muerte; aún lo había encontrado vivo.

El hombre traía su corona y la pulsera; dijo que el rey le había pedido que lo matase, ya que estaba muy herido; pero como el hombre aceptó hacerlo, no podía vivir más, ése que había matado al ungido del Señor.

Murió el rey, comenzaba otro tiempo; había que esperar a que todo se ordenara según el Señor.

Iban a pasar muchas luchas; aún, había gente de Saúl.

Luego, consulté al Señor; me dijo que debía subir a Hebrón, una de las ciudades de Judá; y lo hice como Él esperaba.

En fin, los hombres de Judá me ungieron como su rey.

Surgieron muchos enfrentamientos; pues, se enfrentaban los enemigos matándose; y el Señor iba abriendo los pasos en el camino del Reino, que se iba consolidando.

Al cumplir los siete años en Hebrón, el Señor me hizo entrar en Jerusalén, para quedarme frente al Pueblo por treinta y tres años; pero antes, había que vencer a los enemigos.

El Señor estaba en las guerras; y yo sólo iba cumpliendo con su consejo.

Cuando llegó la hora, subí a Jerusalén, a la Ciudad del Señor, vencida con mis manos bendecidas por Él.

Y cuando entró el Arca, el Señor establecía su Reinado.

El Arca entró en medio de los cantos y danzas.

Encontró su Tienda, y se inmolaron las ofrendas; fue la fiesta del Pueblo por siempre.

Le consulté al Señor por su Casa, pues, no quise que el Arca se quedase en la Tienda.

El profeta dijo que esta gracia estaba reservada para mi hijo,

después de mi muerte; y me quedé en paz con mi Señor.

El Señor estableció su Reino, luego de tantos años.

El Reino llegó a ser grande, frente a los pueblos vecinos; fue respetado, pues, fue del Señor.

Todos sabían que Él gobernaba; tan sólo fui sirviéndole, aún escuchando atentamente lo que Él esperaba de mí.

¿Cuántas cosas más, fueron del Señor, mientras Él reinaba en su Pueblo? Y yo deseaba servir a mi Señor.

Ojalá, su Reino sea para siempre, en medio de su Pueblo.

4. FUISTE COMPASIVO FRENTE A MIS DEBILIDADES, LLEVANDO TUS PROYECTOS.

a. MI DEBILIDAD ME LLEVÓ

Betsabé abrió tantos cambios; fui yo, que los había iniciado. Antes, luchaba por lo justo, aún entregando mi vida; ahora, actúo de tal modo, frente a mi Pueblo.

El Pueblo lo ve; creo que vive el drama de su rey.

Mi debilidad me llevó lejos; fui yo, que se había olvidado de mi hermano que cumplía en la guerra.

Mientras él luchaba por el Pueblo, yo veía a ella, le pedí que me respondiese; cuando se quedó esperando a su hijo, llamé a Urías para que viniese y se quedase con su esposa; aún intenté esconder lo que había ocurrido.

Pero él fue fiel a su Pueblo, a los que estaban en la guerra; no cedió ante mis intentos, ni siquiera cuando lo emborraché.

Volvió a la guerra; su jefe recibía la instrucción para que pusiese a Urías en la parte más peligrosa de la batalla, y que no regresase a su casa, ni volviese con su esposa.

Así fue, tan triste; premeditado en mi corazón perverso, en la hora de mi debilidad.

Ella se quedó conmigo, y nació el hijo.

Entonces, aparece el profeta; aún me habla del rebaño y de la oveja, tan conocidos míos; como no me doy cuenta de que habla de mí, quiero castigar al dueño del rebaño; no veo que es para mí, el castigo merecido.

El profeta me hace entender mi vida ennegrecida; al ver la realidad, me apeno por mi vida perversa.

¿Quién comprendería mi actitud, y los hechos que me iban llevando?; y todo empieza en aquel primer día cuando la veo,

pues no sé actuar con dignidad.

El profeta me dice de las desgracias que partirían de mi casa;
me queda llorar y esperar a lo que venga del Señor.

El Señor perdona mi culpa, pero el hijo muere; es como un
pago por mis hechos, ante el Señor y su Pueblo.

Cuando muere, presiento que es el tiempo de no llorar más,
pues cierra la hora de tristezas en mi vida.

Luego, nace Salomón, el amado del Señor.

Sube después de mí, para reinar el Pueblo de mi Señor.

Ese hijo levanta el Templo; al fin, después de tantas luchas
tristes, viene paz; el Señor cambia la suerte; aún cambiará la
suerte en mi vida.

b. LA FAMILIA

Pasaron tantas cosas en mi familia, con mis hijos; y todo fue
como consecuencia de mis errores.

Absalón, muy rebelde, empezó por vengarse contra su propio
hermano, que fue deshonesto con su hermana.

En fin, Absalón hizo matar a su hermano.

Pasó mucho tiempo, hasta que le pude perdonar esa muerte;
y Él debía huir escondiéndose en la casa de los enemigos.

Vivió varios años allí, después volvió; pasaron otros años,
hasta que lo acepté.

Absalón cambió tanto, y se rebeló contra todos; aún halló a
aquellos que se unieron contra mí, contra el Reino.

Ocuparon Jerusalén; y yo debía huir y esconderme; después,
debí enfrentar a mi propio hijo; qué triste.

Toda la vida aún se volvía contra mí, y me devolvió con las
maldiciones, las que debía aceptar; eran justas para mí.

Pasé un tiempo del gran dolor, tan merecido; no me quedaba

otra cosa que enfrentar mi vida y a mi hijo.
No quise su muerte; ¿qué padre la quisiera para su hijo?
Si él se rebelaba, tuvo sus razones; debí aceptar esa realidad.

El hijo murió; yo volvía a Jerusalén llorando su muerte.
La vida me envolvía con tanto dolor y tanta tristeza.
Volví a Jerusalén, pero no fue el regreso como aquella vez,
la primera; esta vez, con tanto dolor merecido.
Aún, había que enfrentar las rebeliones; parecía que volvía la
paz; pero no era para mí.

Mi vida ya quedaba vencida; luego del censo que no consulté
al Señor, el profeta me anuncia otras desgracias.
Las desgracias no tienen fin, son como una lluvia persistente;
aún pido el perdón al Señor, como tantas veces le he pedido,
y Él se compadece una vez más.

Quise cumplir con la promesa; y es que mi hijo Salomón me
sucudiese; con ese deseo terminaba mi tarea.
Ordené que el sacerdote y el profeta lo ungiesen como rey de
Israel; y así lo cumplieron.
Quiera el Señor estar con mi hijo Salomón, como ha estado
conmigo; que el Reinado sea protegido por el Señor.

c. ENTRE LA GRACIA Y LA DEBILIDAD

La vida de David se proyecta en medio de la Gracia, aún con
las debilidades, mientras él, débil y humano, las reconoce y
pide perdón; y aquí, empieza la Gracia aún más grande.
Es porque los caminos del Señor superan lo humano, aún lo
más débil y lo que humilla.

Es un gran rey, por la gracia del Señor.
Donde falta la gracia, la debilidad se abre para humillar a la
grandeza; sin embargo, es el camino para que su vida sea aún

más grande, ante el Señor y el Pueblo; así es con la obra del Señor, cuando Él toca la vida y la pone al servicio de lo que Él espera de nosotros, por la gracia del Señor.

Si David es elegido, está protegido por el Señor en sus pasos; entonces, ¿por qué llega a esa clase de errores y debilidades que lo humillan, y lo llevan a los desprecios, al dolor?; más aún, cuando es grande; no se habla de su debilidad, mientras es joven y cuando sube al Reinado, sino que la debilidad le viene cuando es grande y el Reinado ya logra la estabilidad; ¿por qué es así?; ¿y en nuestra vida?

Sin embargo, esos tiempos tan duros para David, abren una nueva perspectiva en su vida, y en la vida del Reino; si bien en el principio, van sembrando la confusión y el escándalo, con el tiempo, sirven para el bien.

Si la Biblia resalta esos tiempos, es porque ve un camino aún más grande, en la obra del Señor; eso se presiente; no es tan sólo un modo de hablar sobre las debilidades del hombre que gobierna, sino que por detrás de ellas está la luz que viene del Señor.

¿Por qué el Señor permite que su elegido llegue a esta clase de errores?; pues, si el hombre es libre y la debilidad es una esclavitud que lo lleva lejos; ¿por qué el Señor permite que su elegido llegue a ser tan humillado, casi perdido?

Al cuidar los pasos de su elegido, el Señor le envía al profeta a que le diga y le reproche; el profeta viene con la amenaza, habla de las consecuencias del mal, aún habla de lo que casi espontáneamente surge de la maldad y de la ceguera, en medio de tanto dolor y tanta humillación.

¿Hasta qué punto la mano del Señor está puesta en medio de cada actitud de David?

No es que lo empujase a que hiciese lo que había hecho, pero sabe de sus debilidades y de sus impulsos; y cómo lo cuida, ¿por qué le deja que se caiga?
Son esos misterios; por alguna razón, la vida es así, y tiene esas vivencias que son muy dolorosas.

La grandeza en la vida de David es que él reconoce su error, y sabe llorar y pedir al Señor; y cuando pide perdón, el Señor casi espontáneamente se lo concede.
Y lo misterioso es que, al pedir perdón, el Señor le responde tan pronto; ¡cuántas cosas para seguir pensando, si queremos comprender nuestra vida con las debilidades!

La vida se muestra comprensible con el tiempo que lleva en medio de los aciertos y debilidades; es como si necesitara de los dos, para resurgir delante del Señor.
David es grande; pero es como más grande aún, luego de pasar por la debilidad; y es como si creciese en medio de la misma ya asumida humildemente, al pedir perdón.

Las debilidades nacen en medio del dolor, de la inseguridad, de la ansiedad y la pena, la tristeza y la culpa; hay muchas fuerzas que nos conducen por ese camino, llevándonos más aún en medio de los errores; de este modo, vamos llegando a esas aguas que nos ahogan, casi hundiéndonos.
¿Por qué llegamos hasta allí?; si buscamos respuestas, vemos que es difícil saber el porqué.

La vida es un misterio; es que la corriente nos lleva con las fuerzas casi imprevisibles, y llega de repente, de sorpresa; y mientras seguimos hundiéndonos, ¿qué podemos hacer?; tan sólo pedir el auxilio, y que alguien nos salve.
¿Cuántas veces, llegamos a ese tiempo en nuestra vida?

La voz del profeta no es para hundirnos; pues, en medio de

las amenazas está la gracia.

Es la hora para el arrepentimiento; entonces, las amenazas se esfuman; sin embargo, quedan heridas y cicatrices, y quedan las secuelas, ¡quién no lo sabe!; a todo eso también, hay que ir asumiéndolo en medio de la paz que viene del Señor.

Hay un aprendizaje en las debilidades de los hombres.

Si es doloroso, el Señor nos hará ver las cosas más allá de las mismas; las debilidades asumidas, entrarían en el proyecto del Señor; es lo que la vida ya presente, aún, la que fue tan humillada.

¿Se puede llegar a agradecer por la debilidad de la vida?

Creo que sí, luego de sentirnos perdonados y aceptados por el Señor, cuando Él nos dé luz, aún en medio de esa realidad que habíamos pasado; eso se puede lograr con el tiempo, que es del Señor.

d. EL MISTERIO DE LA GRANDEZA

Cuando se trata de la vida de los grandes, ante el Señor, - si es que se puede hablar de este modo, porque todas las vidas del Señor son muy grandes, - casi siempre, las mismas pasan por los tiempos del error y de las humillaciones.

Alguien podría preguntarse, ¿por qué es así?; creo que hay una razón, y se la ve con el tiempo.

Si la vida llega a ser muy débil, aún perdida, luego cuando ya resurge, se proyecta como una vida fortalecida para aquellos que la ven y la comparan con la realidad anterior; es que aún aquellos que antes la criticaban y se escandalizaban, ahora las ven en medio de la grandeza del Señor.

A veces, pasan los siglos hasta que se vean esas vidas como deben verse, mientras que los elegidos mueren olvidados, en

medio de las críticas; sin embargo, el tiempo hace resurgir el verdadero proyecto de la transformación, por el bien de todos y del Pueblo; porque los elegidos tienen un camino marcado en la obra del Señor, aún en medio de su debilidad; y cuando lo buscan al Señor y vuelven a Él, es también por el bien del Pueblo; entonces, Él se proyecta muy grande en sus vidas.

Quizás, David no hubiese sido tan grande frente al Pueblo, si no hubiese sido débil frente a Betsabé; pues, si hubiese ido a la guerra, en aquel entonces, se le agregaría una victoria a las que tenía; pero ésa fue la victoria del Señor, en medio de su debilidad, del dolor y del llanto; y sirvió al Pueblo más que otras victorias; no obstante, el Pueblo necesitaba vivenciar una gran confusión.

Y lo mismo que pasó con sus hijos, y con Jonatán; si es que fue triste, el Señor lo llevó por el camino de la grandeza; y después de tantos días del dolor, vienen la luz y la paz; y si el Pueblo lo ve y lo comprende, se fortalece más aún en el camino del Señor.

Es que todo comienza por el corazón del elegido; es como si Él debiese nacer primero, al salir de la oscuridad; y cuando nace el corazón renovado por el Señor, comienza a resurgir el corazón del Pueblo, pues empieza a transformarse desde el corazón de su elegido; aún halla en él, su propia Imagen del Pueblo del Señor, y crece aún en medio de la debilidad.

El Señor lleva al Pueblo a su buen destino, y tan sólo hay que cantarle, alabándolo, pues todo es tan grande; ahora sí el rey puede morir en paz; puede irse al Señor, con quien ha estado siempre.

El Señor sabe hallar luz para su Pueblo, por medio de su rey, el más humilde de los reyes, y el más amado.

Me detengo a reflexionar sobre su vida, en el tiempo que me
toca, para ver como el Señor me guía en el camino.
Mientras veo su gracia, quisiese bendecir a mi Señor.

B. 5. ÉSTE ES MI HIJO, EL PREDILECTO.

a. SEÑOR, TEN PIEDAD

Señor, piedad de mí; mi corazón te clama gimiendo.
Voy llegando con lo mío; aún sufro y lloro.
No sé si hay alguien que me escuche; si te lo pido, es porque
me respondiste; que me escuches hoy.
Señor, ten piedad por mi vida y mi culpa.

Mi camino no fue de tu agrado; aún vengo enredado, herido.
Estoy solo con lo que sufro; mi pena es grande.
Es por lo que hice, al andar en mi sendero.
Lo digo apenado, como jamás en mi vida.

El profeta me habla del castigo, por lo que debo pasar.
Me asusto; sólo te pido perdón suplicándote.
No sé pedirte, te pido como puedo.
¿Me escuchas, mi Señor?; ¿perdonarás mi culpa?

¿Por qué caminé lejos, en medio de mi debilidad que me iba
destruyendo?; ¿por qué, mi Señor?; no lo sé.
¿No lo haya tomado en serio?; es que he actuado como un
perdido que ya no previene las consecuencias.
Quizás, lo que te digo es mi justificación; no quisiese hacerlo
delante de ti, Señor.
Pero estoy con mis penas, lleno de miedos.

Aún, quebrado por dentro, no tengo fuerzas para levantarme.
Es lo que me asusta más aún; es que tengo miedo.
¿Por qué entré en el camino que me llevaba tan lejos?
Hoy, tan sólo sigo llorando.

Si mi vida hubiese podido volver a lo que fue.
Pues, lo que hice, me ha dado más dolor aún.

No comprendía nada; tampoco, confiaba en tu palabra.
Me decías que no era para mí, yo seguía igual.
Hoy, te confieso llorando mi culpa.

¿Por qué recorrí tanto camino que no fue de tu agrado?
Aún, no sé decírtelo; no quise estar mal contigo; no creo que
quisiese ofenderte; presiento que no quise enfrentarte.
Tengo miedo de lo que debo pagar; debo responder por lo
que he hecho; es justo que lo pague ante ti, mi Señor.

La vida me ha llevado lejos; mi corazón se ha perdido.
No te veo, Señor; te hablo, sin saber si me escuchas; aún, te
sigo hablando; eres el único con quien puedo hablar, y no sé
si me escuchas.
Y la vida me lleva; mi corazón se ha perdido.

Entre mi llanto y las culpas, el miedo y el dolor, levanto la
voz desde los abismos, desde la oscuridad, asustado como un
pájaro que no puede volar; apenas camino, tan herido.
En la hora de mi desgracia, no te escucho, pero sé que me
oyes; así que estoy ante ti, mi Señor.

Te pido calma por lo que me toca sufrir, la fuerza para poder
enfrentar lo que me viene.
Te pido luz para caminar en medio de mi oscuridad.
Cómo quisiese que me llevases en tu camino de la gracia.
Pero estoy encerrado en lo mío, aún herido.

b. VINO LA CALMA

Vino la calma, a pesar de que no escuché al Señor.
Viene el consuelo, a pesar de que la tristeza me ahoga.
Como si resurgiese un pequeño viento de la esperanza.
¿Pero qué esperanza, si la realidad es tan triste?

Volví a pensar en el Señor, en mi vida.
Como si lo viese un poco más cerca, como si lo presintiese.
Volví a pensar en mi hermano, en los que están a mi lado, en
lo que sufren, aún confundidos con mi vida y mis hechos.
Ellos también sufren, lloran; aún no sé si buscan al Señor.
Pero sí siguen sufriendo, al enfrentar su vida.

Me duele ver a mi hermano que sufre por mi causa.
Mi corazón aún presiente su dolor y su culpa.
Hubiese preferido que todo pasase por mi corazón, y que mi
hermano estuviese libre; no obstante, no puedo hacer nada.

Me cuesta aceptar este sufrimiento.
Yo fui la causa del dolor, de la culpa.
Hoy no puedo hacer nada; tan sólo me queda sufrirlo.
Me cuesta ver a mi hermano que sigue sufriendo.

Si pudiese volver otra vez, huiría lejos; me quedaría lejos de
la hora de mi debilidad.
Es esa maldad que nace casi espontáneamente, mientras me
quedo oscureciendo, apenas poco atento.
Sin embargo, se abre el camino de tanto dolor.

¡Cuántas cosas han cambiado desde aquel entonces!
¡Ya no pueden recuperarse, y las debo aceptar!
Aún, las debe aceptar mi hermano.
Hoy, no sé qué hacer; hubiese preferido huir, y me quedo.
Pero si me detengo por mi hermano que sufre, estoy en su
dolor.

Así, sigo llorando, y preguntando.
¿Por qué las cosas son así, qué es lo que me lleva?
Tan sólo me canso con preguntar.
Tengo vergüenza de mí, de mi debilidad.

¿Por qué la vida es así?
Como si llevase por ese camino espacioso.
Casi no la busco, se viene sola.
Y se vienen el dolor y el llanto.
¿Por qué no pregunté por ti Señor, en aquel tiempo?
Y si preguntase, ¿por qué no te dí importancia?

Mi hermano sufre más que yo; se queda con su pena, cuando
yo tengo la gracia de buscarte a ti.
Él se queda solo, resignado, entregado y quebrado.
Quiero velar por él, mi Señor.

Unido a él, por mi debilidad, levanto los brazos por nosotros;
te suplico Señor, que me escuches; más aún, por mi hermano
que por mí; te lo suplico, mi Señor.

c. TE PREGUNTO POR MI VIDA

Me pregunto, ¿por qué la vida nos puso en el camino que
hizo nacer el encuentro?
¿Hay alguna respuesta en la hora de mi pena?

¿Por qué la vida nos une?
¿Qué es lo que nos une, y por qué?
¿Qué es lo que nos debe unir?

Tú Señor, estás en todo; lo que veo es tuyo, aún más allá de
mi modo de pensar, de mis deseos.
No se te escapa nada, ni siquiera por un instante.
Entonces, ¿por qué la vida es así?

Te pregunto y sólo encuentro tu silencio.
¿Qué palabra tendrías para mí, mi Señor?
El silencio es tu respuesta, mientras yo aún sigo buscando,
peleándome, cuestionándome frente a ti.

Tantas veces, pregunto al Señor por las personas que hallo;
¿y por qué las encuentro?; ¿acaso, no lo sabes?
Aún, sabes lo que nos une y lo que nos ata, las vivencias que
me atan en mi corazón, que suele oscurecerse de noche; y las
noches sirven para los encuentros.

Mientras sigo preguntando, te callas; aún aparece una luz, la
primera; como la sonrisa del sol, mientras que las nubes muy
oscuras van corriendo.

Me sorprende esa luz; es como si fuese tu caricia, Señor.

Presiento que me estás calmando por unos instantes.

¿Debo seguir preguntando?; parece que sí.

Y tú, Señor, ya no estás tan callado.

¿Qué es lo que nos une en la vida?

¿Qué es lo que nos lleva por esos caminos?

¿Por dónde llevan mis ansiedades, mis deseos?

Si dices que no debiese entrar en el camino, soy más débil
que tu palabra; entonces, estoy donde estoy, y mi hermano
igual.

Y ahora sí estás, mi Señor.

¿Tan sólo estás para reprocharme o tendrías otra palabra?

Porque me golpeé mucho; y tu castigo hubiese sido aún más
fuerte.

¿Adónde nos lleva la vida?

¿Adónde nos lleva el corazón?

¿La vida debiese sentir esos impactos, para reconocerse?

¿Debiese pasar por lo que pasa, para reencontrarse?

¿Qué es la vida, por qué es así?

¿Acaso, es una esclavitud?

Una vez, porque el Señor me reclama y otra, porque aún me

llevan y me traen mis deseos.

¿Qué es la vida, y dónde está la libertad que sigo buscando?

¿Hago mal cuando la busco?

d. LA LIBERTAD Y LAS ATADURAS

Quise ser libre, hacer lo que naciese en mi corazón.

Busqué mi felicidad, en la libertad de mi corazón, mientras la vida me iba llevando.

No quise ofenderte, Señor, pero busqué mi felicidad.

Aún, no quise actuar contra ti, a pesar de que no te respondí, cuando me enseñabas tu camino.

Busqué mi felicidad.

Creo que tú mismo sembraste la gracia en mi corazón.

Sigo buscándola; porque no encontré lo que deseaba ni estoy feliz; pero no puedo serlo, si están el dolor y la pena.

Veo el dolor y la pena de mi hermano.

¿Qué es lo que nos une, y qué es lo que nos ata?

¿No sería el camino para buscar la libertad de mi corazón?

Si no supe entenderte, cuando me proponías, ¿aún, no sería que, por lo que me pasa, podría lograr lo que esperas de mí?

Veo a las ataduras en mi vida; y cuántas más aún quedan por descubrirse.

Si estás, creo que puedes salvarme; hoy, te espero.

Espero tu ayuda, tu gracia; te pido fuerzas para enfrentar mi realidad.

Desde la profundidad de mi corazón, te pido que me liberes.

Señor, en tus manos, dejo mi vida tan frágil.

Es la que fue entregada tantas veces, a las debilidades; hoy, te la entrego a ti, mi Señor.

Mi vida se detiene triste; es como un día nublado, mientras el viento me quiere llevar a cualquier lado.

Aún parece que el tiempo de dolor, sigue apurando para que hagas tu obra; es cuando puedes transformar mi vida, a pesar de un largo camino.

Siento tu calma, Señor, como la brisa que llega hondamente. Aún sigo llorando; y tú sigues derrumbando en mi corazón. Aún, lo liberas de tantas ataduras; ¿pasará mucho tiempo? Presiento tu calma, Señor, que me llega.

¡Cuántas vivencias se reconstruyen!
Mi corazón se libera del dolor, de las penas y culpas.
La sed que me hunde, ¿de dónde viene, si no es tuya, Señor?
Si viniese de ti, ¿por qué la vida la ha trastornado?

Que llegue tu gracia, que renueve mi corazón.
Que mi interior goce de tu Presencia.
¿Sería otra vida?; seguramente sí.
A pesar de que ha pasado por tanto dolor.

Todo parece como un nacimiento de la semilla del Señor, que cayó en mi tierra de dolor y de penas.
Ahora, la pena es distinta; si es la que duele, es diferente.
Aún, sigue volviendo la luz.

e. CREA EN MI UN CORAZÓN PURO

Cuando el Señor logre cambiar mi corazón, podré mirar de otra manera, podré verlo mejor; y no sería aquel Señor, como lo había visto antes.

Tan sólo el corazón puro y renovado por el Señor, puede ver al Señor, al sentir el Amor aún más grande.
En otro caso, la vida oscurece y el Señor oscurece.

Si hubiese vivido el Amor que viene del Señor, no habría
llegado a lo que llegué; pero no supe comprenderlo.
Por alguna razón, la vida debía ser así; ahora, empiezo a ver,
después de mis errores, de llorar y de sufrir.
¿No sería esa gracia que debe tocarme?

Si de este modo, aún descubro el Amor en mi corazón, ¿por
dónde viene la gracia, y por dónde el Señor me lleva?
Si Él está en todo, ¿qué puedo pensar yo?
Entonces, aún me queda agradecerle.

¿Debo agradecer al Señor por las horas más oscuras?
Creo que sí; y Él las ha superado, abrió la fuente de su luz en
mi vida; pero necesité pasar por mi miseria, para hallarla.

Creo en la luz, ante mi vida que casi se hunde en el abismo.
Reflexiono tanto; es que por tan poco, no se pierde mi vida.
En fin, no se ha perdido; y tú, Señor, eres tan grande.

Cuánta angustia aún me cubre, y me ahoga.
Cuánto dolor, cuánta pena.
Pero es cierto que mi vida ya está guiada por el Señor.
Ya no es un dominio que esclaviza, sino más bien como una
caricia, un cariño del Padre; así lo siento.

Me viene a mi mente la palabra hijo; sí soy tu hijo.
Pero antes, escucho tu palabra; es la misma: "tú eres mi hijo
predilecto".
Ahora, la comienzo a comprender.

Pasa el tiempo, mi vida sigue levantándose.
La noticia recorre por todos los rincones de mi ser.
Por donde recorre, retumba, golpea, llama.
Me despierta aún, pues toda mi vida sigue resurgiendo.

Miro mi vida, aún esa vida triste, muerta, equivocada.
¡Cómo sigue resurgiendo!
Es porque el Señor lo hace en esta hora.
Toda nace y camino más seguro, después de tanto dolor y de tanta confusión.

f. AHORA MI VIDA RESURGE

En la medida en que mi vida resurge y es del Señor, aún se abre gratuitamente hacia mi hermano, por lo que nos une.

En mi corazón, vibran los sentimientos que nos unen; y están el dolor, el fracaso, la culpa, la pena.
Hoy, desde mi corazón, el Señor llega a mi hermano; y creo que sigue obrando.

Empiezo a ver el camino, al Señor, en medio de la miseria y del dolor, que parten de mi corazón.
Lo veo de un modo distinto, lo miro con mi Señor.

Quisiera que la luz llegase a cada rincón de la vida, que fuese el rayo que toca desde los cielos.
Deseo llevar la calma en medio de la desesperación, y donde aún hay resentimientos, que haya paz hasta que el corazón se calme y encuentre la fuerza para vivir.

Que se despierte mi hermano, para ver que él también es el hijo predilecto de mi Señor.
Debo ayudarle, me lo pide mi Señor.
Pues si no lo logra, su vida seguirá como la de un huérfano o de un hijo abandonado; si es que se considera hijo.

¿Cuánta gracia debe tocar el corazón hasta que el hijo se vea hijo, y que el Señor sea el Padre de verdad?

Si es que por distintos motivos la vida aún no lo ve desde el primer instante, ya se abre en medio del dolor, que es como si fuese de un parto prolongado; de este modo, nace una vida del hijo del Padre; es la vida de un hijo predilecto.

Veo las semillas; siguen esperando para llegar a la tierra.
Comprendo mejor mi vida, antes de que se abra para vivir.
A esa gracia quisiese ver en mis hermanos, pues si la veo, mis hermanos también la verán.
Entonces, agradeceré al Señor por la hora del encuentro, que sería aún más grande.

Que el Señor bendiga los encuentros, que nos llevan para que el Señor nazca en medio de los corazones.
Si buscamos al Señor, pasamos por los encuentros y vidas, hasta que lleguemos donde debemos llegar.
Las vidas se ofrecen cada vez más, hasta que se abran; en fin, hasta que se abran para el Señor.

Hoy, quisiese buscar al Señor en cada paso de mi hermano y más aún, en ese paso perdido.
Quizás, si por un lado está lejos, a la vez, está tan cerca de lo que el Señor tiene previsto para él.

Prefacio	3
A. 1. Me llamaste	5
a. el profeta está esperando	5
b. un pastor del Señor	6
2. Crecí entre las guerras del Reino y tu gracia	9
a. el rey quería verme	9
b. contra el guerrero	10
c. el Señor me cuida	11
3. Me diste tu gran reino	15
4. Fuiste compasivo frente a mis debilidades,	
llevando tus proyectos	17
a. mi debilidad me llevó	17
b. la familia	18
c. entre la gracia y la debilidad	19
d. el misterio de la grandeza	22
B. 5. Este es mi Hijo, el Predilecto	25
a. Señor, ten piedad	25
b. vino la calma	26
c. te pregunto por mi vida	28
d. la libertad y las ataduras	30
e. crea en mí un corazón nuevo	31
f. ahora mi vida resurge	33

